

BENIDORM, LA FASCINACIÓN DEL MONSTRUO



BENIDORM APARECE ANTE MÍ COMO UN MONSTRUO DE CRISTAL Y CEMENTO, PERO ME ATRAE COMO LA TRÁGICA BELLEZA DE UNA TEMPESTAD; EN BENIDORM TODO ES COMO UN HERMOSO RAYO EN UNA NOCHE DE TORMENTA. ESTA CIUDAD SE HA CONVERTIDO EN UN GIGANTE QUE ACOGE UNA PARTE IMPORTANTE DEL OCIO DE LOS EUROPEOS Y OTRA GENTE DEL MUNDO.

JOAN M. MONJO ESCRITOR

Hace ya unos años que vivo en Altea, población de cal, besada por el mar domado por la bahía y acunada por una paz y una pereza arcaicas. Me gusta la tranquilidad. Siempre he creído que se trata de uno de los mayores bienes que puedan conseguirse. Y aquí, en Altea, parece que la he encontrado de nuevo.

Pero, a veces, tanta paz, tanta horizontalidad y silencio, llegan a empalagarme. Me llenan de desasosiego. Entonces –por lo general a últimas horas de la tarde–, lleno de ansiedades de distintos colores, me revelo y, a muy pocos kilómetros, voy a encontrar la solución, voy a buscar un lugar muy distinto: Benidorm, tan diferente y sólo a 8 kilómetros de distancia.

Al llegar, Benidorm aparece siempre ante mí como un monstruo de cristal y cemento. Que me fascina y me atrae. Me gusta pasear –perezosamente, sin norte ni horario– por sus calles –pensadas y hechas para caminar–, mirando aquí y allí hacia el inmenso bosque de

escaparates de las tiendas que se suceden sin fin, unas a otras. Ropas veraniegas, consultas de médicos, bisutería, juguetes, restaurantes, farmacias, estancos, panaderías, prensa en mil idiomas, objetos de regalo, material fotográficos, bares, bonsais, cafeterías, flores, gatos, cuero, gafas... Tiendas y establecimientos por todas partes; tiendas atestadas de objetos y productos, en una especie de obsesivo *horror vacui* que persigue cualquier momento, cualquier manifestación y cualquier lugar de esta ciudad.

Existe en todo Benidorm cierto gustillo *kitsch* que me fascina. Sabor de camisa hawaiana y *ketchup*. Sabor a *souvenir* escocido, crema solar y olor a paella de cincuenta duros. Me gusta pasear por Benidorm, observando la estética –o lo que sea– que la define: la estética del amontonamiento que –llena de inconsciencia– sigue la ciudad. Amontonamiento de lo que sea: de vehículos en la calle, de gente bronceada en la calle, de ajados ancianitos de cabellos plateados que pasean en un atardecer de invierno,

de jóvenes relucientes como un sagrario en los *pubs* de moda, o el amontonamiento de las lenguas diversas que se encuentra en cualquier momento. La sombra de la antigua Babilonia planea por todas partes en esta ciudad.

Existen distintos especímenes de marxistas de huerta y demás gente *fina y desencantada* que, desde siempre, se han rasgado las vestiduras ante Benidorm. Sobre todo los ecologistas. “¿Benidorm?”, dicen. “¡Qué grosería! ¡Qué mierda!”, acaban exclamando sin reflexionar demasiado. Siempre he creído que quien se atreve a decir eso de Benidorm no entiende nada en absoluto. Pasará por este *valle de lágrimas* sin pena ni gloria. Porque su mismo modo de argumentar –o lo que sea– supone tomar una moneda por una sola de sus caras. Y las monedas, hasta que se demuestre lo contrario, tienen dos.

También a mí me repele esta ciudad; también me produce desasosiego, sí, pero al mismo tiempo, debo reconocerlo, me fascina. Como me fascina la trá-



© R A E A G I I

gica belleza de una tempestad, como conozco y asumo la belleza y posterior destrucción de ciertos amores, como me fascinan el placer y el peligro de los viajes con ciertas drogas o en descapotables a gran velocidad. Benidorm me atrae violentamente y me produce también repelús, como un monstruo, como un king-kong de cemento cerca del Mediterráneo de este pequeño país.

Como yo mismo, en uno cualquiera de estos atardeceres, Benidorm puede producir la profundidad del encuentro momentáneo. La belleza del momento. Benidorm, en parte, es como la carpa de un gran circo. Se transforma día a día, semana tras semana. Se monta y se desmonta. Es un lugar de paso. Se metamorfosea porque siempre vive en ella gente distinta.

Por ello es posible enamorarse perdidamente de una joven en una discoteca de moda, pero al día siguiente partirá hacia York en un avión desde el aeropuerto de Alicante; pueden verse los soldados de la VI Flota apareciendo en

cualquier rincón de la ciudad y desapareciendo días después; en Benidorm puede hallarse un rostro lleno de amargura mezclada con sabiduría, paseado al atardecer: el gentío, de pronto, se lo tragará; puede toparse con un camarero de temporada, desaliñado, con la camisa llena de manchas de paella y *ketchup*; o captar al vuelo una hermosa voz de lengua desconocida mientras os asáis en la playa, a media mañana... En Benidorm lo habéis poseído —todo—, por un momento. Y, si no lo habéis tomado, ¡adiós! Porque nunca —tal vez— volveréis a encontrar aquel cuerpo, ni a oír aquella voz, ni a contemplar aquel rostro; pues en esta ciudad todo es hermosamente frágil, fugaz, veloz y consistentemente inconsistente. No sois de aquí ni vivís aquí tampoco; como ellos. En Benidorm todo es hermoso como un rayo en una noche de tormenta.

¡Ah, si levantara la cabeza el sabio botánico A.J. Cavanilles y viera, tres siglos más tarde, esta ciudad! Él, que hacia los años de la Revolución Francesa visitó estas tierras y, admirado del término y los habitantes de Benidorm, dijo —poco más o menos— que se trataba de una ciudad *donde el ocio no se conocía*; vería ahora que, en la actualidad, se trata de un gigante creado para llenar parte importante del ocio de los europeos y otra gente del mundo.

¡Ah, si Cavanilles volviera! Vería ese monstruo que me atrae y me horroriza, como las cataratas del Niágara en un viaje de bodas blancas. Por eso, después de cenar y tras haber tomado una copa en un lugar nuevo a orillas del mar, tras comprobar que, por la noche, Benidorm parece Mahattan al comienzo de la película de Woody Allen, vuelvo a mi Altea. Sólo hay 8 kilómetros de distancia. El regreso es como ir de un concierto de rock duro a escuchar unas piezas de W.A. Mozart. Los dos tipos de música me atraen.